

La Voz de Menorca

Número suelto . . . 10 céntimos
Número atrasado . . . 20

DIARIO REPUBLICANO

Año XXVI - Número 8448

Subscripción
En la Isla, al mes . . . Ptas. 2'00
Resto de España . . . 3'00
Estranjero, al año . . . 50'00

MAHON VIERNES 28 AGOSTO 1931

Redacción y Administración:
CALLE NUEVA.

El gran acto republicano de Valladolid

Texto taquigráfico del formidable discurso de Alejandro Lerroux

« Cuando en la cumbre de la vida se suman tantas responsabilidades y se ha tenido la suerte de recibir tantas recompensas tras una vida larga de trabajo y — si me permitís la inmodestia — de sacrificios, no puede un hombre de mi representación asomarse a esta tribuna sin hacerlo con el propósito de expresarse en términos de la mayor sinceridad, porque sinceridad es verdad, y venir aquí a decir al público otra cosa que no sea la verdad que uno siente — que a veces puede ser también el error, con buena voluntad profesado —, es hacer traición a la conciencia y hacer traición a aquella representación que se tiene en la vida pública. (Muchos aplausos).

Han sido necesarias estas primeras palabras para decir que estoy asombrado de la expectación que ha despertado entre mis amigos y entre el público en general el discurso que voy a tener el honor de pronunciar. Si ello significa exclusivamente un estado de inquietud espiritual, que busca por todas partes la más rápida solución a los importantes problemas nacionales que deben preocupar a todo español, bien está. Pero si ello significa una abdicación del propio poder individual, una exaltación del espíritu mesiánico, un propósito de declinar toda la responsabilidad personal sobre un hombre a quien se llama « salvador », yo lo rechazo con todas mis energías.

No. Los pueblos que llegan al estado de libertad política en que teóricamente, y pronto prácticamente, está el pueblo español, no deben buscar fuera de cada uno de sus individuos la salvación colectiva, porque ello representaría, aunque fuese solamente en el orden espiritual, la creación de una nueva dictadura, que si fracasaba, constituiría una nueva decepción, un nuevo estancamiento y una nueva apetencia para que surgiesen las tiranías pasadas. (Gran ovación).

Quiero recoger todas estas cosas, que llenan también mi alma de inquietudes.

« No vengo a hacer una demanda del Poder »

No. Yo no vengo aquí con el propósito de plantear un pleito y de hacer una demanda del Poder público, porque el Poder público lo tenemos todos en las manos, y a mí, oficialmente, me corresponde aquella dozava parte con la cual estoy solidarizado con el Gobierno de la República.

No vengo a hacer una demanda del Poder, porque no importa nada quién ha de ser el hombre que haya de recogerlo en lo por venir, cuando se haya aprobado la Constitución. Lo que importa es que exista el hombre, y al decir hombre quiero decir la sementera de hombres, quiero decir la organización de hombres, quiero decir la espiritualidad conjunta y armónica de unos cuantos hombres que bajo una doctrina, bajo una bandera, con una disciplina y con una dirección o un jefe, puedan constituir uno de esos instrumentos indispensables y necesarios de gobierno que se llaman partidos políticos. Eso es lo que interesa y a eso es a lo que vengo.

Lerroux, presidente del Poder Ejecutivo del Partido Radical

Y, luego de decirlo esto agregará que yo he sido hasta el día del triunfo de la República el jefe del Partido Republicano Radical porque era un Partido militante, en perpetua revolución más o menos viva, contra los Poderes constituidos, y porque un Partido en esas condiciones necesita un caudillo y un jefe. Y es un hipócrita y un farsante el que

abomina en tales circunstancias del general o del caudillo que le ha de llevar a la victoria o a la derrota. Pero desde aquella fecha ya no soy el jefe del Partido Radical; desde aquella fecha soy el presidente del Poder ejecutivo que el Partido Republicano Radical, obrando democráticamente y en uso de su derecho, ha querido darse para continuar su obra en la historia de España. (Ovación).

Es cierto que durante muchos años yo he venido diciendo « yo gobernaré ». Pero no he sido nunca tan necio, tan vanidoso, que cuando hablase así quisiera dar a entender que había de gobernar necesariamente mi persona, que no estaba adornada de virtudes ni cualidades que no concurrían en otros muchos. Ya veis si soy soberbio, que no digo que no concurrían en todos, sino solamente en otros muchos.

Radicales y gubernamentales

Cuando decía « yo gobernaré », decía « gobernaré la República, y con la República gobernaré el Partido Republicano Radical », porque ya sabía yo que en la evolución que se marcaba en los tiempos, conforme iban naciendo a nuestra izquierda otras inquietudes que se plasmaban en organizaciones nuevas, desde las más moderadas, no conformes con nosotros, a las más extremistas, se iba creando una situación central al Partido Republicano Radical, que en la plenitud de sus responsabilidades viene a decir hoy frente a todos, derechas e izquierdas:

— Si, nosotros radicales, sí. Pero nosotros gubernamentales. Nosotros radicales, sí; pero nosotros conservadores de la República, de las esencias de la República, de las aspiraciones de la República, que quiere la justicia social en primer término, que quiere libertad para todo el mundo, que quiere igualdad para todas las clases sociales.

Lo que importa

¿Qué importa la crisis que necesariamente sufrirá la actual situación en el momento en que aprobada la Constitución que va a empezar a discutirse en el Parlamento sea elegido el presidente de la República, y éste, en la plenitud de sus poderes, designe la persona a quien otorgará la confianza para que forme un nuevo Gobierno homogéneo o de alianza? ¿Qué importa eso?

En el orden personal, yo no merezco haber llegado a más. En el orden político, lo que interesa es que se constituya un Gobierno que se dedique a la defensa de la República y a su afianzamiento. En el orden de partidos, el republicano Radical tiene dadas tales pruebas de patriotismo, de generosidad, de desinterés, que de no haberlas dado sería el número uno en el Parlamento actual, acaso con una mayoría completa, y sin embargo, ha entendido que lo indispensable era abrir paso y cederlo, en muchas ocasiones a expensas de su propio derecho, a esas otras fuerzas sociales que conviviendo con nosotros logran una conciencia de responsabilidad en la obra de gobierno que antes no tenían, y a esos otros partidos republicanos que son también indispensables en el dinamismo de la política nacional, porque un solo partido representaría también una dictadura, y varios partidos representan no solamente la posibilidad de poder sustituir al que cometa errores, sino también una reserva que en todo momento garantice que el Poder público no va a tener una solución de continuidad en la cual queden en medio de la calle los atributos de gobierno.

Así, pues, yo no he venido aquí a lo que muchos se imaginan. Yo he venido aquí a hacer un acto de propaganda política que tiene por objeto, en primer lugar, estimular a mis amigos y a todas las clases sociales que hoy se incorporan a la vida pública llenos de inquietud por el porvenir de la patria para que se afilien en los censos del Partido Radical.

Y hay que hablar con toda claridad para que se sepa cual es la manera de pensar y de sentir del Partido Republicano Radical. Palenques son estos a los que deben acudir todos los que, con diferencias respecto al programa de conducta o doctrina quieran, a su vez, constituir esos otros partidos con los cuales es menester que nosotros vayamos en paz, en cordialidad y en perfecta inteligencia. Que estos primeros años de República son tan difíciles, tan expuestos a todos los peligros, que sin esas inteligencias podría darse el caso de que lo que la impotencia enemiga no puede hacer, lo que hicieran nuestras propias discordias, ahuyentando de nuestro lado estados de opinión que hoy nos asisten con fuerza moral insospechada.

« Yo estoy donde estaba »

No importe a mis amigos que no haya reciprocidad en esta conducta. No. ¡ Si yo no vengo a pedir clemencia sembrando estos gérmenes de fraternidad! ¡ Si no la necesité! ¡ Si no la he necesitado jamás! Llego ya a la cumbre de mi vida. Si mi fortaleza física lo permite, prestaré el concurso que he prestado siempre a la obra del perfeccionamiento social desde la tribuna de este Partido Republicano, y yo seré feliz. Si una enfermedad me corta el camino, yo seguiré aludido el río de la República en marcha ascendente hacia lo por venir. Si me enferman, « qui pax y des pax gloria », porque en el más allá no creo.

No se inquieten, pues, mis amigos por que oigan decir que yo no hago conservador o reaccionario y que no me falta nada ponerme el hábito y la cegulla. Mientras no vean mi falta de sentido de la realidad, del espíritu de tolerancia, del conocimiento del momento en que vivimos, no se preocupen. Yo estoy donde estaba, sin la pretensión de ser el jefe del mundo, sino asistiendo a este espectáculo en virtud del cual está fuera de la propia conciencia la manifestación de su sentir en una multitud de hombres que nalgan a nuestras tragedias con la más absoluta tranquilidad. Yo no los censuro. Vengán acá, porque es la hora de llamar a todos los que se conformen con la doctrina que nosotros sustentamos y se subordinen a la disciplina que nosotros hemos establecido.

Se dirá que me hago hombre de demasado orden. Yo reto a cualquier hombre público republicano que se atreva a esomarse aquí, a este micrófono, a decir que preconiza el desorden. Yo no he entendido jamás, ni antes ni ahora, pero menos ahora que antes, que pueda convivir la necesidad sin un orden jurídico establecido. De ese orden yo hablo. ¿Es que yo voy a hablar del orden en las procesiones?

No. Orden, no suprime pasión, ni discusión, ni debate, ni siquiera de ideas, ni siquiera discrepancia. Orden quiere decir el propósito de todos los hombres reunidos en sus comicios para dar una libertad, pero resueltos a adoptar en lo político lo que acuerde la mayoría, en lo social, lo que tenga establecido la ley, y en la convivencia de todos, la autoridad, que es la representación de la ley.

Serviré a la república, si no como gobernante, como elector

Ya sé que a los militantes que acudieron hasta el 14 de abril, acostumbrados a la lucha hosca y a algunos veces terrible, contra los Poderes constituidos ha de costarles mucho trabajo adaptarse a esta vida. Esos hombres despiadados son los que están produciendo esas perturbaciones momentáneas, transitorias, llenas de impetuosidad, porque aquí hay ahora un partido de parecer más a la izquierda y de parecer más radical, cuando no

hay más a la izquierda ni más radical, que dedicarse a la defensa y conservación de la República. A mí no me preocupa que surjan, que nazcan a la izquierda sobre todo dentro del campo de la República. A mí no me preocupa que me echen al centro o que me lleven a la derecha. Lo que no conseguirán es quitarme mi convencimiento y mi doctrina de toda la vida. Con eso me voy a donde me dejen. Si sirvo, serviré a la República, si no como gobernante, como elector. ¿Pues qué? ¿Quién ha traído la República? La República, que necesitaba de un esfuerzo superior en un momento determinado, la ha traído el elector, que tuvo el valor cívico de ir a las urnas, y a pesar del prestamista, y a pesar del cacique, y a pesar del agente de autoridad, supo depositar en las urnas con la papeleta la expresión de su aspiración a la independencia espiritual.

Esta es la hora de saber conservar la República

Pues a esos amigos que hasta ayer fueron los militantes revolucionarios que propugnaron durante tantos años por el advenimiento de la República, yo les digo, variando las frases de los cadillos de Villalar: « Ayer fué la hora de luchar como caballeros; hoy es el momento de morir como cristianos; ayer fué la hora de luchar como revolucionarios por la conquista del Poder; hoy, que tenemos el Poder en las manos, es la hora de luchar por su conservación, por la defensa de la República, por la propagación de los ideales que la República encarna, por el levantamiento de las masas de mejora social de esa fuerza trabajadora que está de rodillas sobre el polvo de la tierra, por el acercamiento de esa otra clase social que representa la propiedad y el capital y cuya asistencia y colaboración nos es tan necesaria como la de la clase trabajadora.

Labor de atracción, si, pero para los que no tengan tacha moral

No prosperarán, no crecerán los partidos republicanos que, a pretexto de defender la pureza de sus doctrinas, pongan un valladar a su puerta, un tamiz por el que no pueda pasar cierta clase de personas. Yo he dicho, y con frase gráfica, que quiero repetir ahora, que mientras nuestros mujeres no para hombres con veintidós años, mayoría de edad, o con veintitres, actual edad electoral, nosotros tenemos el deber de atender a toda esa muchedumbre que, no teniendo en su historia ninguna tacha moral, no tiene otra rectificación que hacer que lo de su antigua filiación política. Cerrarle el paso es tanto como dejar reducido a los partidos, y yo no quiero ver el año reducido a esa condición, a la de un tabernáculo donde se va a conservar la doctrina, que al cabo del tiempo habrá perdido su esencia y toda su eficacia.

En este caso nos convertiríamos en conservadores de recuerdos. Y no; nosotros necesitamos el dinamismo de la vida política, nosotros necesitamos el concurso de los elementos que, persuadidos por los hechos, como suelen persuadirse las masas, más que por las predicaciones en esta hora solemne de tantos peligros para la patria, busque en nuestros censos la manera de colaborar con nosotros en la obra de levantar a España de su prostración y de conservar la República.

Yo quiero recordar aquí que durante muchos años, con un propósito estratégico que muchos no entendieron de probar a los ministros de la monarquía, yo decía: « Hay dos hitos que ensayar, porque ya se egojaron los dos. El partido conservador no tiene hombres, ni masa, ni doctrina. El partido liberal está deshecho y ha perdido sus esencias. Quedan dos hombres: Melquíades y Alba, Alba y Melquíades? »

Pasó el tiempo y la monarquía no estrenó no ensayó ni la una ni la otra. Ha triunfado la República y esos hombres están a la puerta esperando la hora en que, después de la penitencia impuesta por sus propios errores, se les permita volver a su actividad política y colaborar con los partidos republicanos. Y según su estado de conciencia, ellos y aquellos que estuvieron a punto, en la obra constituyente, de formar con nosotros la fuerza revolucionaria que habla de hacer caer a la monarquía, habrán necesariamente de prestar su concurso a los gobernantes.

Con que imaginad que si esto digo de esos hombres a los que se puede imputar la responsabilidad de sus respectivos partidos en los tiempos pasados, ¿qué diré de todas aquellas otras muchedumbres que no coinciden ni entera ni exactamente con todos los postulados de nuestro programa, se acercan a nosotros, a nuestros Comités de los pueblos finalmente, algunos asomándose a la ventana para ver si les pondrán cara sonriente los republicanos históricos? Yo digo que no hay que alejar a esos elementos. Hay que atraerlos. ¿Por qué? Por que los partidos republicanos, para resolver los problemas nacionales necesitan la asistencia de todas las clases sociales. Partido republicano no puede decir, ni quiere decir, ni debe decir partido de una determinada clase social. Partido republicano quiere decir convicción en un programa doctrinal y acatamiento a una disciplina de todas las clases sociales que lo integren.

Yo por eso, con la asistencia de todos ellos, cuando se nos planteen problemas como, por ejemplo, el de la enseñanza, habremos de encontrar su impulso, para que multiplicando las escuelas, y sobre todo multiplicando los maestros, en breve espacio de tiempo tengamos una generación de hombres que vayan a luchar en las urnas con la conciencia plena de las nuevas esencias que los partidos republicanos tienen.

El problema religioso. — La ejemplo laica de Lerroux

Y por eso cuando se planteen problemas como el religioso — ¡ qué qué expectación! — también se podrá resolver.

Hay mucha gente que magis poco menos que vengo a combatir. No. Yo vengo a decir aquí lo que he dicho delante de comisiones de católicos, delante de obispos, delante de todos los que me han hecho el honor de visitarme. (Me han hecho el honor, por lo mismo que son adversarios y llenan confianza en mi equanimidad y en mi espíritu tolerante).

Yo soy un hombre de vida absolutamente laica, que no ha hecho del anticlericalismo una bandera porque había otros problemas que me preocupaban más y había otros hombres que se dedicaban a esos problemas, y a cuyo lado estuve yo.

Yo soy un hombre de vida completamente laica, repleto, y yo apeño a la conciencia de muchos que me escuchan para que digan al lo son tanto como yo cuando pienso que, a propósito de una pretendida libertad dejada a sus mujeres y a sus hijos que vayan al con festuario o que se eduquen en los colegios científicos. No solamente soy yo laico, sino que lo es mi hogar, mi hogar entero, y la parte de mi hogar que en el transcurso del tiempo cayó en la tierra reposa en el cementerio civil, tan sagrado para mí como el cementerio católico o como cualquiera otro. (Grandes aplausos).

Peró es que yo, respondiendo a esos aplausos, considero con el mismo respeto el cementerio católico que el cementerio civil. Los que reposan allí ya no son más mis enemigos, ya no son mis adversarios. Y un hombre así os viene a decir que lo primero que necesitamos para enjuiciar bien este problema es levantar el espíritu de tolerancia y después pensar que no hay alma que no sienta a su manera una emoción religiosa, y lo que necesitamos es tolerancia y espiritualidad para enfocar bien este asunto.

Lerroux, partidario de la separación de la Iglesia y el Estado.

Como político yo soy partidario de la separación de la Iglesia y el Estado. (Gran ovación).

¿Está bien claro, verdad? ¿Y lo habéis aplaudido, verdad? Pues vamos a ver si aplaudís lo que sigue:

Como político soy partidario de la separación de la Iglesia y el Estado. Como gobernante soy partidario de que eso se someta a la ley mediante una pública discusión en el Parlamento, y que sea la mayoría representada en el Parlamento, la mayoría del país, lo que decida. Porque si de esa manera se hiciese serán oídos todos los intereses, serán escuchados todos los derechos. No será arrojado nadie. La separación se habrá de hacer en virtud de un convenio, porque separación no quiere decir guerra civil, ni quita

